

Granada prometida

Escribe: LUIS NAVARRO

Me ha dicho el romance viejo:

*...“que a Dios no le importa nada
si no llegas a La Meca
por haber visto Granada”.*

Oigo las voces febriles de los escritores románticos del XIX y los aires de la copla nueva sobre el bordón grave de la historia, cuando, bajo el estofado áureo del sol que destella en las cumbres inmaculadas de Sierra Nevada, al fondo, como blancas almenas de un antiguo palacio califal, surge la orfebrería verde del Darro y el Genil: la Vega de Granada. Es la ciudad de Boabdil, el último rey moro de España, ataviada de leyenda. Traje de luces en oro y verde con alamares de marfil.

Desde el balcón de la fonda donde me hospedo, sobre la plaza de Bibarrambla, rectangular y provinciana, con una extraña fuente cuya taza levanta figuras nigrománticas de encarnadura barroca, siento la respiración de la ciudad. Solo en Sevilla, al aire de la noche, se puede gustar este aliento perfumado de semillas de polen. Pero en Granada la flor tiene abono de nieve y su atmósfera está impregnada de una alquimia particular de filtros sutiles, no de derroches sensoriales de enervante lujuria, como despliega la capital del Guadalquivir.

La naturaleza en Granada se vuelve tamiz, celosía. El sol enciende el ascua de cal y oro de las terrazas del Albaicín, que bajan hasta el Darro, pero desde aquí sube una rampla húmeda de verdes que se remata sobre la crestería ocre de la Alhambra, cremallera dorada de las cumbres de nieve. La cuesta pelada del Sacromonte —tierra, chumberas y platos de cobre—, en la frontera del Darro se transforma en esmalte verde que asciende hasta la baranda del Generalife, donde estalla el artificio silente de mil surtidores que copian el perfil de los cipreses de muros de mirto o se descuelgan por las torres en delgadas cenefas.

Granada es la apología artística del agua. La ciudad tiene dos ríos, cada plaza una fuente y toda casa un aljibe. Estanques, acequias, cascadas, chorros inesperados, insólitos remansos de agua irrumpen por doquier como una obsesión de frescura ante las llamas vivas de la luz calcinante,

patrimonio de Andalucía. En los jardines del Generalife veréis pasamanos líquidos, arcadas y arabescos artificiales de agua, caleidoscopios de diamante en las gotas que describen su parábola al resol de la tarde o al esplendor de la mañana. Cuando anochece, los cristales del agua pierden su fascinación visual para crear la escenografía mágica de los surtidores bajo el claro de luna y las teas negras de los cipreses. Es la plenitud del silencio, lleno de acordes y claves extrañas, propicio para la transfiguración y el éxtasis. Es el silencio efusivo y liberador, cargado de pronunciamientos espirituales, no el vacuo silencio de museos y palacios donde el “rumor sagrado de la historia”, generalmente, adquiere el tono de la voz del guía como una muletilla para atravesar el umbral de los siglos. Es el silencio del agua de gruta, cristalino y profundo, que Falla nos transcribe en *Noches en los jardines de España*.

Como hago siempre que llego a una ciudad por primera vez, más aun, si el lugar ha sido para mí tierra de promisión en algún momento, sacrifico el *modus vivendi* de guías y cicerones, amén de las correspondientes bibliografías y folletos turísticos, tanto como mi comodidad personal, en aras del albur y doy rienda suelta a la intuición para que persiga derroteros personales proclives a captar sin referencias “la primera imagen de”. No se trata del complejo de Colón —que todos, más o menos, alentamos—, sino de una actitud sentimental y crítica, pues los antecedentes, en principio, coartan la impresión y predisponen a la fijación de un criterio previo. Además, las rutas y conceptos establecidos de antemano suelen quemar la fantasía —la más deliciosa de las hadas— ante el rigor de lo previsto, y todos sabemos que la organización es estabilizadora, pero difícilmente creadora.

Así encontré la Alhambra.

Después de perderme en el vericuetto de callejas de la Alcaicería, del ancho de una espada, sobre las que se yergue la mole pesada de la catedral que guarda los restos mortales de los Reyes Católicos en los sencillos túmulos (1) de plomo de la cripta de la capilla que lleva su nombre y cuyo andamiaje, pese al espacio que consume, resulta inferior frente a la mínima talla de la Inmaculada de Alonso Cano, obra maestra del artista granadino y joya de la escultura de España que conserva la sacristía catedralicia, fui a dar a la Plaza Nueva, asiento del antiguo palacio de la Chancillería, donde concluye la arteria principal de la ciudad y comienza la Carrera del Darro. Rampas hacia los “cármenes” por callejones de geranios y suelos empedrados. Hornacinas y escudos heráldicos asoman inesperadamente sobre las paredes de primorosa cal. Guardo la instantánea de una niña de pelo rubio, con un clavel en la mano, mirando a un asno que medita ante una reja. Atravieso un puente y, al final de la Carrera del Darro, entro a una taberna a tomar un vaso de vino. La mesonera, gesticulante y parlanchina, me habla de los gitanos del Sacromonte —¡ahí “mimo” lo tiene “usté”, al dar la vuelta!— que le quitan el oro de la dentadura a los turistas sin que se enteren y que, a veces, celebran bodas de tronío, por todo lo alto. Como cuando “La Faraona” se casó con un Fernández de Córdoba, o “La Farruca” con un ingeniero de “lo mejorcito de Graná”. Y no vaya “usté” a creer que valían gran cosa: ¡fue el baile, fue el baile que los “entontesió”!

Son las doce del mediodía. Enfrente, donde termina el verdor exuberante de las floresta para dar límite al luminoso azul meridional, sobre las ramas más altas, al filo de los interminables cipreses, surge inespada una fábrica soberbia de torres y crestería, asaetada de ajimeces y ojivas de delgado cuerpo, descolgada de miradores de aéreo balconaje cuyos alféizares corona el arco de herradura de la arquitectura árabe. Es el Alcázar Real de la Alhambra, residencia de los reyes moros de Granada. Nos separa el Darro. Siento el temor de que el conjuro fantástico se esfume si intento darle alcance.

Cruzado el último puente, por un camino pedregoso, vertical, por donde ruedan los cantos bajo mis pisadas, inclinado sobre las rodillas voy siguiendo la línea de la muralla que defiende la fortaleza, como entonces, hace seis siglos. Llevo sobre mis espaldas el sol meridional y la ley del equilibrio. Detrás de mí se alborotan los ecos de las piedras al rodar. Pero la ascensión esforzada termina cuando la muralla deja de trepar para detenerse ante la Torre de la Cautiva. La hiedra serpentea por el bastión secular hasta los alféizares de sus miradores. Se oyen trinos de pájaros y el murmullo de una acequia. El agua respeta todavía el sistema de canalización de los antiguos pobladores, rituales en la ablución y peritos en la agricultura.

La muralla se curva un trecho hasta que se pronuncia otra torre, la de las Infantas, pareja a la anterior. En la base, casi a ras de tierra, una reja pone al vislumbre la viscosa oscuridad de lo que pudo ser mazmorra. Y aquí aparece la entrada. Un gran arco cuyo quicio sin puertas ni aldabones vigilan curiosos centinelas: asnos taciturnos amodorrados a la sombra del pasaje. No he visto moro... ni cristiano. ¡Adelante!

Franqueada la puerta de la fortaleza, la imaginación me promete, en la embriaguez de la aventura solitaria, la realidad de un relato de Sherezade en su intacta escenografía deshabitada, como hasta ahora. ¡Una tienda de "typical spanish", atiborrada de cromos, mantillas, castañuelas, artesanía pintoresca y fondo musical de pasodoble! ¡Un quiosco de bebidas con una pimpante y cosmopolita terraza adjunta donde resuenan todas las lenguas de Babel! Más allá hay un letrero que reza: "Alberto - Danza Española" o, "Spanish Dance", posiblemente. No puedo contener el ¡ole! muy particular que se me escapa.

Una flecha indicadora me explica que aquello es la salida, que hay que dar la vuelta por esa carretera asfaltada que baja y sube; en fin, que siga la dirección. Así llego al Palacio de Carlos V —macizo, cuadrado, con una preciosa balaustrada circular de ática pureza sostenida por la columnata dórica que flanquea el geométrico redondel del patio— y saco mi entrada, el billete oficial que expende el patronato de la Alhambra para poder admirar el partenón de la cultura árabe. Entrego mi pasaporte de 55 pesetas al alcaide-ordenanza bajo un arco sin mayores pretensiones. El tropel babélico se agita y remolnea junto a los guías como un batallón a la carga que ha sustituido la bayoneta por la cámara fotográfica.

CALAT ALHAMBRA, CASTILLO ROJO

Un exiguo patio enlosado conduce a la Sala del Consejo y descubro el estuco de ataurique que exornará de ahora en adelante todas las paredes interiores del palacio. Una pequeña baranda de madera —recuerdo del oratorio cristiano que ocupó esta sala— divide el techo artesonado, con los caracteres geométricos, en estrella, del peculiar alicatado (2) árabe. Por las amplias ventanas enrejadas que nacen un escalón más bajo que el piso de la reducida habitación asoma el galano amarillo de las rosas de pitimín.

En el Patio del Mexuar, la pared sobre la que se abren los arcos que conducen al Cuarto de Comares ofrece la impecable filigrana de su estuco, intacto y níveo ante el barniz brillante del sol. Este era el centro de las dependencias destinadas a la administración de justicia. Después, laberinto de corredores, pasajes y puertas oclusas, sino cegadas.

Por aquí se debe salir. Por aquí, entrar. En el dédalo de provocaciones que sugieren pasadizos y arcos de puerta oscura, acicata el momento iconográfico del Patio de los Leones y del Patio de los Arrayanes. ¿Por dónde? ¿Cómo? El Alcázar se halla pletórico de multitud de todos y por todos los puntos cardinales. Alemán, inglés, italiano, francés, árabe, portugués, son lenguas que repercuten con insistencia y énfasis bajo las bóvedas del recinto, en las voces de los guías y en las exclamaciones irreprimibles de los visitantes. De repente, ¡la luz! Una galería volante me lleva hasta una pequeña estancia decorada de frescos con el anagrama F Y (Fernando e Isabel). Mi mano junto a la columnilla de un ajimez palpita estremecida. El sol, transfundido por la nieve de la sierra, reverbera meticulosamente en cada una de las hojas de los millares de ramas que se nos acercan, a cincuenta metros de altura, sobre el fondo prístino de Sierra Nevada. ¡Qué verde!, exclaman a mi lado dos muchachas portuguesas que se inclinan sobre el alféizar de la ventana. Ese pináculo de vegetación que esconde una arquitectura exterior moderna y de cales recientes es el Generalife. Su perfil de factura reconstruida y anodina no deja sospechar el embrujo fascinante de su recóndita intimidad.

Suspendido del vértigo, pendiente del abismo, colgado del costado oriental de la Alhambra, el mirador del Tocador de la Reina avanza en vilo sobre la ciudad a través de “la región más transparente del aire”. Magma de luz recubre toda la rampa escalonada del Albaicín. Estampa de luz calcinante donde se perfilan las siluetas oscuras de los cipreses, rotundas sobre los muros de cal. A la derecha, el cerro del Sacromonte, árido, desnudo. Su gracia es nocturna, cuando los candiles reverberan en el cobre pulido de sus platos y de las pieles morenas, a ritmo de zambra, en el interior de las cuevas que habita la gitanería. O bajo el resplandor de las hogueras que sus moradores alumbran la noche del Miércoles Santo al paso del Cristo de los Gitanos y la víspera de San Juan. Allí, a la izquierda, el caserío pardo de la ciudad cristiana que se apiña alrededor de la catedral, descomunal y aplastante sobre el ágil culebreo de las callejas de la Alcaicería. Más allá, los bloques de las urbanizaciones modernas, grotescos, desambientados, como intrusos con credencial de tiempo nuevo. Desde la sombra del mirador, en esta suspensión perfecta sobre el vacío. Granada es un vitral de viva llama blanca que recortan los aji-

meces. A nuestros pies, en el abismo de verdes, pasa el Darro bajo los puentes bordeando la falda de la colina. Enajenado del tiempo y de las cosas, veo las lágrimas que surcan el rostro de Boabdil al mirar a Granada por última vez.

En el Patio de los Arrayanes juegan peces plateados bajo la piel lisa del agua de la alberca. Este es el centro de los compartimientos del serrallo o residencia oficial del monarca. Ahí se yergue la Torre de Comares, alta y señera como un estandarte islámico, bajo cuyos muros se abre el opulento abanico del Salón de Embajadores. Vamos a entrar, pero antes dejemos que los turistas se retraten en el doble espejo del estanque y de la cámara fotográfica, junto a las delgadas columnas del pórtico. Pureza, serenidad, equilibrio plástico, se conjugan en este espacio abierto de escueta ornamentación lineal. No hay formas ni color. Solo vigor geométrico, fibra arquitectónica, espíritu.

Un bello arco apuntado de mocárabes estalactíticos nos introduce en el cuerpo de la Torre de Comares, sobre la fachada norte del patio. En las jambas del arco hay nichos a manera de hornacinas (3) con arquillos delicadamente historiados con adornos de cerámica y frases poéticas de salutación. Pero están vacíos, sin las vasijas de agua perfumada que ofrecían al forastero su cortés ritual de bienvenida. Al atravesar el umbral debemos esperar audiencia en la antesala de la Barca —así llamada por la palabra “Baraka” (bendición) que timbra sus paredes— hasta que nos reciben las sombras augustas de los monarcas granadinos ante el solio real del Salón de Embajadores. La luz converge en abanico, desde los balcones de los nueve camarines abiertos en el espesor del muro de la torre, sobre el escudo nazarí que exalta el tapete de azulejos del suelo. No es la luz policroma de las “comarías” (4) —de aquí el título de Torre de Comares —que antaño guarnecían los ajimeces creando un ámbito irreal de suaves claridades. El techo en cúpula copia la majestuosa serenidad de un cielo constelado, rutilante de astros, mediante un juego de mocárabes y pintura que reproduce exactamente los valores de la plata, el nácar y el marfil. Zócalo de mosaico alicatado y decoración de laborioso ataurique recubre todas las paredes, con inscripciones que ensalzan la gloria de la dinastía nazarita. Observo encajados entre las juntas de las losas del piso pequeños mosaicos con motivos vegetales. Obsesión de un pueblo solar por la lujuria verde de la hoja —tanto como por el espejismo del agua y el requiebro sensorial de la flor— que se prolonga atávicamente en la vida andaluza a través de los siglos. (La flor en Andalucía no solo es ademán de gracia y aroma sobre el pecho y los cabellos de la mujer, es también desgaire y brava majeza entre los labios del hombre).

Aquí, sede de la alta cancillería nazarita, donde los reyes granadinos recibían pleitesía y vasallaje de los reinos limítrofes, fraguaban alianzas contra las coronas cristianas o dirimían querellas y rivalidades de jurisdicción política por arbitraje soberano, el Rey Chico (5) firmó las Capitulaciones de Granada, arriando para siempre el pabellón mahometano en la Península Ibérica. Al día siguiente, 2 de enero de 1492, el pendón morado de Castilla ondeaba en la Alcazaba, sobre la Torre de la Vela...

Cuando me hallo en estas digresiones, desplazado del tiempo y de las gentes que me han dejado solo, oigo la voz atiplada de un eunuco que modula estrofas de una lánguida casida. Cautivado por las inflexiones melodiosas, traspaso umbrales, doblo corredores, cruzo estancias y, finalmente, salgo a un patio donde cuelgan racimos de sol entreverado y arde la voz del rapsoda:

¡Templo de la mujer, lechos deshabitados del amor, ámbito del placer y del olvido, por tí divaga la gloria sensual de las formas perfectas de los cuerpos bajo la mórbida languidez de las gasas, el movimiento lúbrico, el hálito enervante, la plenitud del tacto ungido por el fuego y la nieve! ¡El sol destila el oro en tu dosel calado para besar las pieles desnudas y el deseo, para cumplir el rito germinal de la fruta y desgranar los poros! ¡Tañed las cuerdas, despertad los pebeteros y que Aben Zemrec (6) nos diga su más bella casida!

Veo caer chorros de agua de la boca de doce leones que dan guardia a la taza de la fuente, en el centro del patio, y un niño que se empina con dificultad bajo una de las figuras y pega sus labios a las fauces del animal. Vuelven las letanías de los cicerones, ahora sin auditorio pues los turistas se desbandan para posar junto a las fieras. ¿Se ha roto el encantamiento? No. El embrujo del derviche que ha petrificado este ensueño tiene más fuerza que los siglos, la invasión napoleónica, las revoluciones nacionales y las avalanchas turísticas.

En el Patio de los Leones vibra el triunfo de la caligrafía arquitectónica de los alarifes árabes. Cíncel de pluma de faisán labra la prodigiosa arquería calada que el delgado varillaje de la columnata de mármol de Elvira despliega en el aire como abanicos pareados de blonda por donde el sol se filtra en luces tamizadas. La fuente de inspiración de la mantilla granadina se hace evidente ante este encaje puro de pétrea filigrana. La típica disposición rectangular del patio islámico aquí se rompe con los dos templetos simétricos que avanzan hacia la fuente, cuyas toscas esculturas ya suponen una contradicción con el espíritu coránico, geométrico y antifigurativo, que informa todo el arte musulmán. Así, es grande mi sorpresa la descubrir la preciosa pintura codicial que adorna las cúpulas de los tres pequeños aposentos de la Sala de los Reyes, ubicada en la cabecera oriental del patio, donde se recogen los retratos sedentes de los monarcas nazaritas y hazañas de moros en tierras cristianas. Solo grana y gul sobre fondo dorado. Mi perplejidad, que no se ha suscitado ante la intromisión de los frescos renacentistas que cubren ciertas paredes de la Alhambra por su manifiesta estupidez, sube aquí de punto por la belleza de la obra y el carácter de fenómeno que representa este hecho insólito al violar la preceptiva tónica antifigurativa del arte musulmán. Sin apagar el fuego de su hermosura, Gallego Burín no echa una mano: ...“obra de algún artista toscano de fines del siglo XIV o comienzos del XV”. ¡Siempre el anónimo, la indiferencia, el olvido, sobre los huesos insignes roídos por la envidia, quemados por la incompreensión!

Vagamos por el harem, residencia privada del soberano moro, íntima y sensual, culminación de las construcciones y el arte del Alcázar. La sobriedad anterior se enoja y se acicala con un regusto sutil, sibarita, poblado de blandas complacencias y dulces resonancias musicales. Una

gran puerta con forro de cordobán claveteado protege la Sala de los Abencerrajes —bando rival de los Cegríes bajo el reinado de la dinastía nazarita— donde, según canta la copla, fueron degollados por sus enemigos los principales cabecillas del “partido” abencerraje. El dedo del guía señala unas manchas oscuras sobre la taza del surtidor, a ras del suelo, y el agua que desborda por un canal escalonado, cruzando la sala hasta la misma fuente de los Leones, se tiñe de fúlgidas sanguinolencias para las mentes impresionables de los turistas, que han leído a Washington Irving pero desconocen a don Ricardo de León. La techumbre es un prodigio de arte y funcionalidad. El peristilo de la cúpula que remata la bóveda se horada de elípticas luciérnagas que dirigen el sentido de la luz solar mediante la desviación angular de sus aristas. La magnificencia rezuma por el cielo de mocárabes que pende sobre las cabezas de los atónitos visitantes repartiendo zonas de claridades verdes y azules. Inmersas en penumbra de estalactitas, las alhanías (7) desiertas derraman húmedos temblores de besos antiguos y estremecidas cuerdas de guzla.

Desde aquí, la favorita veía rodar la tarde por los delgados cipreses del jardín claustral que ensaya arpegios de melancólicas castañuelas sobre la taza de alabastro de su fuente. Es el mirador de Lindaraxa (“Al-aindaraxa”, los ojos de la sultana), joyel del gineceo, balcón íntimo y femenino para desgranar las horas en espera del amado. No hay un solo milímetro de sus paredes que escape a las sugerencias primorosas del buril. El ataurique adquiere sutilidad de aguja para inscribir frases de amor o estrofas de casidas. La luz se recorta en el alféizar y construye riquísimos dibujos de encaje con la fina nervatura labarada del arco. Un cendal de brisa hace ondular la imperceptible atmósfera malva del mirador y trae efluvios de jazmines.

He desandado pasos conocidos. Una lápida me indica la habitación que ocupó el autor de *Tales of the Alhambra* como huésped del alcázar real. Por fin hallo unas escaleras que descienden y cruzo los patios. Cambian las perspectivas con cierta violencia. Los cipreses, que antes yo dominaba desde las almenas, ahora se me escapan en llameantes fugas negras hacia el retazo azul que enmarcan los patios. En un dédalo de pequeños compartimientos aparacen las instalaciones de los baños. El típico zócalo de azulejos alicatado decora sus paredes y se conservan todavía frisos y cenefas con labor de entrelazado en las capillas empotradas, pese a la humedad de los muros y pese a las coces de las mulas del señor Bonaparte.

Salgo a los jardines del Partal. Dos leones de piedra contemplan el reverbero cegador del agua de la alberca, sobre la que se retrata la rutilancia amarilla de las rosas de pitiminí que agobian los muros de la torrecilla del Mihrab y la Torre de las Damas. Juntos al extremo de un banco, desde la clara sombra del pórtico del mirador, una pareja de ancianos turistas, cogidos de la mano, miran la luz serenamente.

Dos torres solitarias se divisan al fondo del jardín, surgiendo sus siluetas como surtidores pardos tras los macizos de arrayanes y rosas que pueblan el Partal. Cuando subo a ellas, desde sus ajimeces reconozco el perfil de la muralla que bordea el camino en declive por donde he iniciado la toma de la Alhambra. Heme aquí al final, otra vez al principio, en los

apostentos de las Infantas moras y de la Cautiva cristiana, cuyas voces oigo dolientes en el viento que cuelga de sus ventanales, sin lograr discernir sus nombres entre las mil versiones de la leyenda.

Vuelvo sobre mis pasos. Dos caballetes sobre los que manos femeninas transcriben la plástica brillante del jardín en un rítmico movimiento ascendente de cipreses y surtidores. Las jóvenes artistas ladean los sombreros de ala ancha que dan sombra a sus rostros y vislumbro el sesgo ardiente de la mora en sus ojos oscuros. ¡Por allí!, me indican. Es la salida.

Al abandonar el recinto del Alcázar Real moro, en el umbral de la insipidez, el corazón del forastero rinde fervoroso tributo a Yesuf Abul Hagig y Mohammed Abu Alhamar (8) cuyo anagrama regio timbra la piedra de la Alhambra, y brinda su devoción al Alarife Desconocido, forjador del asombro, que renuncia a su nombre por amor de la leyenda, para gloria del aire.

SOBRE LA TORRE DE LA VELA

Junto al viento, en la región de las brisas más altas que turban con blando ademán el herrumbre secular de la campana de la Torre de la Vela, Granada mora y cristiana me mira suspendida del tiempo entre la realidad y la leyenda. El resol de la tarde funde oros viejos y líquidos cristales para crear la escenografía mágica de la ciudad prometida del Islam.

Esta es la Alcazaba, el último baluarte de la resistencia árabe en Europa levantado en el siglo VIII sobre las antiguas fortificaciones romanas de Ilíberis, o Elvira de los moros. El reducto está enclavado en el costado occidental de la colina de la Alhambra —la Alhambra baja— que se adentra en la ciudad como la proa de un barco. La fortaleza es un conjunto de torres y bastiones cuyos adarves han sido transformados en jardines colgantes por donde corre el agua y respira la flor a ras de cielo. Ahí abajo, erguidas sobre sus ruinas que no pudieron volar las huestes del Gran Corso: Torres Bermejas, vigías acechantes de la fronda que cubre el cerro Mauror, sobre el barrio judío. Por esa avenida que nace en la Explanada de los Aljibes, al pie de la fortaleza, junto a la Puerta del Vino —puesto de control de las demarcaciones del Alcázar y la Alcazaba— serpea el Arco de la Justicia y rueda por las alamedas hasta entrar a la ciudad por la Puerta de las Granadas, baja la Virgen de la Alhambra el Jueves Santo en el ámbito constelado de la noche taumatúrgica granadina.

El catalejo sube hasta la espadaña de la Torre plazas y fachadas, patios porticados, el detalle de una reja descolgada de claveles, arcos de labor, dinteles blasonados, historiadas cornisas. Ahora sorteja torres y campanarios que usurpan el aire antiguo de alminares y minaretes para buscar los senderos lejanos que llevan a Santa Fe, a Loja, a Baza, a Guadix... a Fuente Vaqueros (9). Aquella es la Cartuja cuyos muros esconden la más esplendorosa ornamentación barroca en el estuche áureo de su sacristía. Un impacto de límpida blancura ciega toda la lente del catalejo. Es la nieve cuajada en el estandarte inverosímil del Mulhacén y la Veleta. Detrás está el mar. Motril, Salobreña, Almuñécar, barcas fenicias sobre el jaspe azul del Mediterráneo.

La salmodia poliglota del guía turístico se debilita y concluye porque ofende al silencio místico y salvaje que cerca la agonía del sol poniente tras de las sierras moradas. Granada se desangra por un horizonte lívido de cárdenas acequias. Sobre la vega oscura brota un rosario de farolillos que se hace procesión por las calles empinadas de los cerros. Hasta aquí sube un girón de brisa que lleva el rasgueo de una guitarra. La luna asoma su rostro empolvado detrás de las torres.

*“El aire la vela, vela.
El aire la está velando...”*

NOTAS

(1) Los sepulcros reales se hallan en el centro del crucero de la capilla. El mármol de carrara adquiere verdadera magnificencia en las figuras yacentes de los Reyes Católicos y en las de Juana “la Loca” y Felipe “el Hermoso” —padres de Carlos V— labradas con derroche decorativo por Doménico Fancelli y Bartolomé Ordóñez.

(2) La labor de alicatado es propia del azulejo y material similar. Cuando se aplica a la madera —en frisos o artesones, por ejemplo— recibe el nombre de “alfarje”, que evitamos para no acentuar la terminología eufemística de este texto.

(3) Vulgarmente se les denomina “babucheras” en la creencia de que servían para depositar las babuchas antes de cruzar los umbrales de ciertas estancias.

(4) Comaría: vitral o vidriera policroma de uso común en la decoración del Oriente de donde procede la generalización del término.

(5) Sobrenombre que los cristianos aplicaron a Boabdil por su pequeña estatura.

(6) Poeta de la corte de Mohammed V que firma el fragmento de la casida dedicada al monarca inscrito al borde de la pila de la fuente de los Leones.

(7) Alhanía: aposento mural de bóveda donde se encajaban los lechos y divanes.

(8) Yusuf I y Mohammed V, como mejor son conocidos de acuerdo al orden de sucesión de la dinastía nazarita. La historiografía moderna los reconoce como padre e hijo: fundador de la Alhambra el primero —en 1348— y finalizador de la misma el segundo, a quien se atribuye su riqueza ornamental.

(9) Pueblo cercano a Santa Fe donde nació Federico García Lorca.